





EL ABAD





Juan J. Grobas Sánchez

# EL ABAD

ÁLTERA

EDICIONES



Primera edición: junio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan J. Grobas Sánchez

ISBN: 978-84-16645-98-5

ISBN digital: 978-84-16645-99-2

Depósito legal: M-15737-2018

Ediciones Áltera


C/Marcenado 14

28002 Madrid

libros@altera.net

www.edicionesaltera.com

Impreso en España



*A Mara, mi mujer, por caminar siempre a mi lado,  
por su amor y su apoyo incondicional, y a mis hijos;  
a Jaime por regalarme su tiempo, a Alberto por llenarme  
de ideas frescas y a Pablo por mostrarme su alma de niño*

*En memoria de mi madre, Nieves,  
y de mi hermana Pili.  
Os echo de menos todos los días.*





«...sintió el cuero en su espalda  
y las punzadas de las bolas  
de plomo perforando su piel...»

Basada en La Regla de San Benito



## Capítulo I

### Los libros

En una de aquellas aparatosas vitrinas tenía guardadas algunas pipas preciosas, con incrustaciones de nácar, marfil, de caoba, de caña; de todas las formas posibles y casi todas mordidas. Junto a ellas un millar de monedas de todos los sitios y de todos los tiempos. Alrededor de aparatosos muebles había libros, en los estantes, apilados, tirados en el suelo, algunos que asomaban como alas de palomas por encima de los altillos, libros por todas partes. Allí me perdía en el tiempo, sin hablar con nadie, mirando ensimismado y en el más profundo silencio.

La tienda estaba situada en un edificio de estilo colonial con muros de piedra labrada, blanquecina, sobre el que resaltaba la madera maciza de sus enormes ventanales y un descomunal voladizo que rodeaba toda la construcción, en el centro de la fachada principal se podía apreciar un escudo heráldico de proporciones considerables. La perfección de su diseño arquitectónico contrastaba con el pequeño letrero luminoso, «Antigüedades Boente», que indicaba, con una flecha parpadeante, la puerta lateral bloqueada por el desbarajuste y el desorden que reinaba a su alrededor. Útiles de labranza, ruecas, ruedas de carros, restos de lo que en algún momento fue un arado y muebles de escaso valor económico se mezclaban con reliquias del pasado. Lo esperpéntico del acceso abría paso a la anarquía más absoluta del interior y al caos literario, pictórico, arqueológico, un desbarajuste que también se podía oler;

cobre, óleo, pintura rancia y papel humedecido combinados con esencias de algún ambientador que intentaba, sin éxito, camuflar aquellos aromas en una mezcla olfativa difícil de conseguir e imposible de identificar. Decenas de lámparas colgaban del techo, quinqués, percheros, relojes, bustos, vasos, tazas, copas de todos los tamaños, tipos y colores. Todo estaba allí esperando a que alguien lo encontrara y el único requisito era disponer de tiempo. Eso era precisamente lo que más me apasionaba: buscar.

Los cuadros de diferentes tamaños y técnicas apenas dejaban ver la cal ni las grandes manchas de humedad de las paredes, salvo una que al fondo de la tienda brillaba con un blanco inmaculado y en su centro, encajado en un marco repujado y labrado a mano, se encontraba el retrato de un hombre rechoncho, canoso, de ojos pequeños, escondidos en unas enormes bolsas ojerasas y de papada considerable que desfiguraba el resto de sus rasgos. Vestía un hábito negro, impoluto, con amplias mangas que permitían ver con claridad sus dos gruesas manos, sobre el cuello una cadena se deslizaba por su rolliza barriga sujetando una gran cruz plateada. La luz que entraba por una ventana daba una luminosidad especial a aquella figura que, de pie junto a un sillón de terciopelo, sujetaba un bastón y un pequeño pergamino. Era el único artículo de la tienda que tenía colgado el cartel de «vendido».

Doña Carmen, la dueña, era una mujer especial, de unos setenta años, pequeña, de pelo blanco sujeto en un redondeado moño. Sus rasgos eran dulces, con algunas arrugas que enmascaraba bajo una fina capa de maquillaje. Sus ojos vivarachos se asomaban por detrás de unas diminutas gafas que siempre pendían de la punta de su nariz. Tras su frágil apariencia, perfecta para aquel entorno, se escondía una mujer de carácter agrio y de pocas palabras.

No sé qué tienen los libros antiguos pero solo con contemplar sus hojas amarillentas sentía como la magia indescriptible de su propia historia se abría ante mí, una sensación que me acompañaba desde muy pequeño y por la que me encontraba irresistiblemente atraído. Imagino que la sensación que me producía era comparable

a la de un pescador que vive obsesionado con la única trucha del río que se le resiste, la que permanece oculta en lo más profundo, donde se esconden los tesoros, y si un día pica automáticamente busca otra más grande, más difícil de pescar. Lo que me sucedía a mí era algo parecido, cuando había localizado un libro, una joya escondida en lo más recóndito de la tienda, necesitaba otro, más antiguo, más difícil de pescar. Aquella tienda era mi río. El que tenía en ese momento entre mis manos era precioso, con tapas de piel, hojas ennegrecidas por el sol y totalmente manuscrito, posiblemente del siglo XVIII o incluso anterior. *Recopilación ilustrada de la nueva lengua*. Ojeé las primeras y las últimas páginas buscando la fecha en la que se había editado, pero no la encontré. Volví al inicio y pude ver que en una de sus hojas había una inscripción realizada en con una letra de trazo limpio y uniforme, con mayúsculas torneadas: «Propiedad del Reverendísimo Padre, Abad R. Cotón».

Los libros antiguos tienen un magnetismo especial, sobre todo los que conservan inscripciones hechas a mano por alguien que ha dejado impreso pequeños retazos de su vida, frases sueltas, declaraciones de amor, un pensamiento o una simple firma, como el que tenía en ese momento entre mis manos. Lo puse bajo el brazo y seguí buscando durante largo rato. Libros de abogacía, arquitectura, ingeniería y muchos, muchos libros eclesiásticos. Aquel día ya había encontrado mi joya, mi trucha.

El tiempo que tardé en llegar a casa se me hizo eterno. Las ansias por volver a ver la magnífica compra que había realizado me ocupaban todo el pensamiento. Dejé las llaves sobre el aparador de la entrada y fui directo a mi despacho. Deposité el libro sobre la mesa con un cuidado extremo y comencé a pasar las hojas despacio, poco a poco, porque lo último que quería era que alguna se desprendiese o se rajase. No sabría decir cuánto tiempo pasé ensimismado, recorriendo con la vista cada una de sus páginas, recreándome en las descripciones, en los dibujos de figuras religiosas e impresionantes pasajes bíblicos realizados a mano con un trazo fino y delicado de plumilla, sin errores y de un realismo pasmoso.

Era fácil comprender que era un diccionario eclesiástico pero no uno cualquiera, aquel era especial porque aunque incluía la mayoría de los términos religiosos de uso habitual también había otros de origen arquitectónico y algunos medicinales. Pensé que podía estar confeccionado a la medida para alguna Orden, posiblemente de la que era Abad el tal Cotón. Un magnífico ejemplar para cualquier coleccionista.

Mientras me entretenía revisándolo, mi cabeza no dejaba de darle vueltas al nombre que figuraba al inicio, sabía que era Abad pero, ¿quién podía ser? Por el aspecto del libro era de prever que, fuese quien fuese, tenía un gusto exquisito. Aquel pensamiento se vio truncado cuando al pie de uno de los dibujos encontré marcado, con un trazo que había traspasado el papel, una palabra, «amatar». Aunque no parecía que fuese necesario, leí el significado, «matar». La marca, como digo, traspasaba varias hojas, lo que hacía suponer que quien lo había hecho no estaba de buen humor. En un lateral de esa misma página habían dejado una nota «...tercer domingo después de Pentecostés... en el campanario» junto con otros pasajes ininteligibles en el que las letras se difuminaban y solo se podía leer un nombre: «Nicanor». En su interior, a modo de separador, había un pequeño papel escrito con una frase corta: «Tenemos que hablar». La forma de la letra, el grosor y la inclinación de las palabras eran completamente diferentes a las del tal Cotón. Cerré el libro y lo sujete con ambas manos mientras me dirigí hacia la ventana para ver el día gris y lluvioso de aquel mes de abril. Decidí esperar al verano para quitarle el bicho, así que me acerque a la estantería, deposité con cuidado el libro en el interior de una bolsa hermética, la cerré intentando retirar todo el aire posible y lo coloqué sobre los otros.

Como todos los años cogí las vacaciones a finales de julio. Es entonces cuando tengo por costumbre realizar una limpieza general de mi biblioteca. Tenía que mover los libros, sobre todo los comprados recientemente, limpiarlos y comprobar que estuviesen

bien porque nunca te puedes fiar, nunca sabes si están sanos, no puedes estar seguro de que no tengan el bicho hasta que no pasa el primer año y no ves rastro de esos pequeños y asquerosos insectos que se comen el papel. En mi caso, todos los libros pasan una temporada en el congelador, cerrados al vacío, pero aun así siempre era mejor no fiarse.

El hecho de congelar libros me lo había enseñado doña Carmen. Solía decir que los bichos aguantan perfectamente el calor, que están en su salsa, pero que cuando les aplicas una buena dosis de frío, mueren. Esta explicación no me parecía muy científica ni muy ortodoxa y es posible que nunca terminase de creérmelo, sobre todo porque se basaba en que a los bichos de las habas también les ocurre lo mismo. Fuese por esto o por casualidad jamás tuve problemas con los libros congelados, así que no era cuestión de pensar por qué lo hacía, lo hacía y punto. Lo fundamental era envasarlos al vacío, que no cogiesen aire y así evitar males mayores.

Pasado un tiempo prudencial, que yo estimaba en unos diez días, los sacaba del congelador y dejaba que se secasen para que desapareciese toda la humedad, de ahí que fuese mejor congelarlos en verano. Los repasaba hoja por hoja y los colocaba en su sitio, en el espacio que con mimo había reservado para cada uno de ellos en alguna estantería. Era un trabajo pesado porque cada día tenía más, pero la visión de la magnífica biblioteca que había conseguido, y la calidad de los libros que almacenaba, compensaba cualquier sacrificio.

Quedé mirando el estante en que había colocado el libro, era el sitio perfecto, pero aún había espacio para alguno más. El gusanillo de aumentar la colección comenzó a revolverse en mi estómago e hizo que tal como estaba, con un paño en la mano, saliese de aquella habitación, me abalanzase sobre el aparador para coger las llaves del coche y pusiese rumbo de nuevo a la vieja tienda.

Al abrir sonó la campana, chirrió la puerta y la dueña me miró como siempre, impasible, saludándome sin levantar la cabeza de la revista que estaba leyendo. Aparentemente todo seguía igual que

la última vez que había estado allí. Desde lejos le pregunté a doña Carmen si le había llegado algo; hizo como si pensara durante unos instantes y volviendo los ojos hacía mí me dijo que mirase en los libros nuevos, los últimos que le habían llegado y que apilaba siempre en el mismo rincón.

Los revisé uno a uno pero no parecía haber nada que me gustase. Frustrado di media vuelta para irme cuando de repente, allí, sobre una repisa estaba lo que había ido a buscar.

Su apariencia era funesta, estaba completamente deformado. Solo con mirar las tapas era fácil saber el mal estado en que se encontrabas su interior, así que lo sujeté con un cuidado extremo intentando evitar que las hojas se desparramaran por el suelo. Me acerqué a una de las mesas, lo puse encima y lo abrí con suma delicadeza. Era uno de los muchos tratados eclesiásticos escrito en Auxerre. La mayoría de mis viejos libros procedían de esta pequeña localidad de la Borgoña Francesa que había sido uno de los centros religiosos de mayor reputación en toda Europa y donde se encuentra la Abadía Benedictina de Saint Germain, que fue uno de esos personajes históricos que después de un pasado militar, allá por siglo V, abrazó la religión y acabó siendo nombrado Obispo. En aquella misma localidad se encontraba otra de las Órdenes más notables del viejo continente y que competía en importancia con esta: La Abadía de Saint Joseph.

Aquel libro estaba lleno de anotaciones en los márgenes e incluso con renglones tachados de un plumazo. Solo por eso ya compensaba comprarlo. Valoré por un momento el tiempo y el enorme esfuerzo que supondría adecentarlo, así como las posibilidades de mantenerlo en buen estado durante años y pensé que eran francamente escasas. Cuando estaba intentando recolocar todas las hojas caí en la cuenta de que no todas eran del mismo tamaño y que una de ellas no encajaba, era demasiado grande. Abrí el libro por su página y pude comprobar que era un papel distinto, una especie de carta con una rúbrica generosa, de un color diferente, escrito por una mano acostumbrada al manejo de la pluma, de caligrafía



pulcra y ordenada, con mayúsculas rematadas en enormes círculos. Me sorprendió la igualdad de todos los rasgos, la simetría de cada uno de los caracteres realizadas con la precisión de un molde. Lo leí detenidamente.

A Dios Nuestro Señor doy gracias por darme una mano firme con la que ejecutar su voluntad y mantenerme en la fe, de aceptar lo que tenga que venir. Su muerte era inevitable. Quiera mi buen Señor dejarme cumplir mi encomienda y que mi brazo sea el ejecutor de sus designios. Que este día en que la muerte libera el espíritu de nuestro guía, vengan otros para mayor gloria de Dios.

JOSÉ R. COTÓN

Quedé embobado mirando aquel papel y aquella firma. José R. Cotón. Era el mismo nombre que figuraba en el último libro que había comprado. Con sumo cuidado lo metí de nuevo en medio del libro y me fui directo a doña Carmen, que permanecía sentada a la entrada de la tienda hojeando de nuevo una revista.

—¿Qué tal este libro? —pregunté.

—Una obra de arte —contestó sin apenas levantar la cabeza.

—Está en bastante mal estado —dije mientras intentaba mostrarle las hojas deterioradas.

Con un leve gesto me recorrió de reojo y detuvo su mirada un instante sobre aquel amasijo de papel amarillento.

—¡Ya veo, ya! ¡Los que venden en El Corte Inglés están mucho mejor! ¡Dónde va a parar! —le gustaba adoptar una actitud de superioridad y solía hacerlo con mucha frecuencia—. ¡Y si se les caen las hojas, se lo llevas, te lo recogen y con una sonrisa te devuelven el dinero! —el sarcasmo de la contestación me hizo ver que aquel no era un buen día para discutir el precio.

—No me refería a eso, pensaba en el tiempo que tendría. ¿De qué año puede ser? —antes de que hubiese terminado la frase, me quitó el libro de las manos y rebuscó en las primeras hojas. Intentó

pasarlas una a una pero aquello se le desmoronaba entre sus dedos. Me lo devolvió abierto.

—¡Más de trescientos años! ¡Seguro!

—Está demasiado viejo y, la verdad, no tengo claro si llevármelo.

Hizo como si no me oyese, agachó la cabeza y comenzó a pasar lentamente las hojas de su revista. Salvo contadas excepciones no le gustaba el regateo y su fórmula solía ser eficaz con la mayoría de clientes pero yo era distinto, uno de los mejores, y en algún momento tendría que mirarme y contestar, así que decidí jugar a su juego. Se me hizo eterno. Ella sin hablar y yo fijo como un león ante su presa, en el más profundo silencio.

—¿Aún sigues ahí *neniño*? ¡Si lo quieres son ciento ochenta euros y si no déjalo donde lo encontraste! Seguro que alguno más espabilado que tú se lo lleva.

El comentario me sonó a golpe bajo y no sabía si lo había dicho porque me vio dudar, porque realmente le daba lo mismo que no lo comprase o porque pensaba que era un palurdo literario que compraba libros para rellenar estanterías. Esto último era lo que más podría dolerme.

—¿Sabe quién fue José R. Cotón? —le pregunté.

—¡Ese que ves ahí! —giró la cabeza y señaló directamente, con la mirada, al horondo personaje del aparatoso cuadro, para volver al instante a posar la mirada sobre la revista.

—¿Quién es? —volví a preguntar mientras me acercaba para observar de cerca la pintura.

—El Abad de la Abadía de Seixas —contestó.

—¿Dónde queda eso?

—Es un pequeño pueblo del interior de la provincia de La Coruña, rodeado de montañas. ¡El culo del mundo! —zanjó.

—¿Por qué pone vendido y sigue ahí? ¿Está aún en venta? —me acerqué al cuadro, pasé una mano por la moldura. Estaba limpio como una patena—. ¿Qué pide por él?

—¿Qué me ofreces? Hasta el propio Obispo de Mondoñedo pagaría lo que le pidiese por él —me miró fijamente, imagino

que esperando saber cuál era la oferta que le haría por aquel retrato.

—No sabría decirle. No sé el valor que puede tener, pero me gusta —dije.

—¡No está en venta! ¡Ni todo el oro del mundo podría comprar ese cuadro! ¿Te interesa el libro o no? —estaba claro que su único interés era venderme el libro.

—¡Claro que lo quiero! —me acerqué a ella para pagárselo.

—¿Alguna otra cosa? —alargó su mano derecha para que le entregase el libro que colocó con sumo cuidado en una pequeña bolsa de plástico.

—No, por hoy está bien —de repente recordé el libro que había comprado la vez anterior—. ¿Cuándo es Pentecostés? —pregunté.

—¿Cómo dices? —bajó suavemente sus gafas para dejarlas colgadas milimétricamente en la mismísima punta de su nariz y comenzó a mirarme por encima de ellas para luego retirarlas por completo y colocarlas sobre el mostrador.

—Le preguntaba por Pentecostés. El último libro que le compré hablaba de eso —repetí.

—¿Te encuentras bien rapaz? —preguntó clavándome la mirada con una mueca de incertidumbre en su rostro.

—Sí, ¿por qué?

—Me parece extraño tanta pregunta viniendo de ti. ¡En fin! —se quedó pensando unos segundos, meditando la contestación—. Pentecostés es una fiesta que celebra la Iglesia Católica y que conmemora el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Si no recuerdo mal, su origen se remonta al siglo primero, después de Cristo claro está, marcando el comienzo de la era Cristiana. De hecho por aquí tengo algún libro que habla precisamente de esta festividad —giró el cuerpo, se levantó pausadamente, dio un par de pasos, rebuscó entre una docena de libros que apilaba cerca de ella y cogió uno—. Si estás interesado te lo vendo —extendió su mano para entregármelo—, y a muy buen precio.

—¡No! Solo es curiosidad —interrumpí—. Pero no me refiero tanto a lo que es Pentecostés, sino más bien a las fechas en las que se celebra.

—Pentecostés quiere decir cincuenta días —dejó de nuevo el libro en su sitio, se volvió hacia su silla, recuperó sus gafas, su revista y se sentó sin dejar de hablar—. Es una fiesta en la que se cierra el ciclo de Pascua, es decir, la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y abrimos la experiencia de los Apóstoles, de cómo actuó el Espíritu Santo sobre ellos. De aquí nació la Iglesia. Pentecostés era una de las grandes fiestas judías, durante este tiempo el pueblo de Israel peregrinaba a Jerusalén para... —tuve que volver a interrumpirla porque comenzaba a divagar y a mí solo me interesaba la fecha.

—¿Este año cuando coincide?

—Pues mira, este año, si Pascua coincidió con el treinta y uno de marzo, pues hablaríamos del domingo diecinueve de mayo. Como te decía, cincuenta días después de Pascua. ¿Entiendes? —por su gesto pude intuir que sabía que yo no había comprendido nada de lo que me acababa de decir.

—Perfectamente —dije por decir algo.

—¿Por qué ese interés repentino en Pentecostés? —preguntó—. ¿Qué te pasa con Pentecostés?

—Cosas mías, ¿qué le debo por el libro? —recogí la bolsa del mostrador.

—Creo que hoy te voy a hacer un precio especial, por dicharachero. Ciento setenta y nueve euros —esbozó una leve sonrisa.

Depositó el dinero sobre el mostrador pero ella no se molestó en contarle, ni se inmutó, permaneció sentada viendo como abría la puerta y me marchaba. Al salir sonó nuevamente la campanilla.

Metido en mi coche y de vuelta a casa, comencé a pensar si lo que había escrito en el libro podría guardar relación con el que me había llevado en abril. El nombre coincidía. Tenía dos libros que habían sido propiedad de la misma persona, del Abad Cotón.

Al llegar a casa me fui directo al despacho y puse los dos sobre la mesa, quería comparar las letras, la del Abad y la del otro individuo, el hermano Nicanor. No había ninguna duda, ambas estaban en los dos. Volví a repasar el párrafo.

A Dios Nuestro Señor doy gracias por darme una mano firme con la que ejecutar su voluntad y mantenerme en la fe, de aceptar lo que tenga que venir. Su muerte era inevitable. Quiera mi buen Señor dejarme cumplir mi encomienda y que mi brazo sea el ejecutor de sus designios. Que este día en que la muerte libera el espíritu de nuestro guía, vengan otros para mayor gloria de Dios.

JOSÉ R. COTÓN

La lectura de aquel párrafo no generaba ninguna duda, por lo menos para mí, tenía claro que el Abad Cotón se había encargado de alguien. Aquello era sublime, había comprado lo que siempre había soñado, no uno, sino dos libros con su propia historia. «Su muerte era inevitable», era una declaración de culpabilidad. Todo parecía indicar que había dado pasaporte al tal Nicanor y, por lo que intuía, lo había hecho en nombre de Dios. «¡Vaya por Dios!», pensé.

A mediados de agosto hacía un calor infernal. Tenía la sana costumbre de tumbarme en mi hamaca y disfrutar de las tardes con una agradable lectura. El vaivén, una bebida refrescante y leer eran el paso previo a unas siestas interminables. Aquel día escogí el libro de Auxerre. Soporífero, lo reconozco. Todo repleto de sermones. Me fui directo a la hoja manuscrita para descubrir algo que me había pasado inadvertido la vez anterior. Aquella hoja estaba colocada estratégicamente, marcando un texto que leí con suma atención: «...vuestras palabras han pasado ya por mil bocas, porque excitasteis la llama. Si no hubieseis hablado, nada hubiera hablado, añadido y aumentado. Lo que salió de la boca ha llegado a

ser una calumnia, que se origina en vuestra lengua siendo causante del mal acontecido y obligado delante de Dios y de los hombres». Seguí pasando hojas hasta llegar a una donde volví a encontrarme con otro párrafo subrayado. En cuanto leí el encabezamiento me recorrió un escalofrío por el cuerpo. «Sermón para el tercer domingo después de Pentecostés». Pegué un salto en la hamaca. Pero si aquello me había sobresaltado, lo que venía a continuación le añadía un poco más de morbo a mi desbordante imaginación, no solo por el contenido, sino también por la fuerza con la que estaba escrita. El perfil de los trazos en las palabras era grueso y deformado.

... Está ya cerca el momento de dar cuenta de las habladurías de fornicaciones, adulterios y de todos los desórdenes y escándalos que habéis causado con vuestra mala fe. Perdonadle Dios mi Señor. Aquella doncella a quien primero habéis robado el honor, a quien quise como una hija, le habéis arrancado la vida con vuestras propias manos... Líbrame Señor de esta penosa carga que sobrepasa mi fuerza como hombre y mi voluntad como siervo tuyo.

NICANOR PAZOS

Quedé pensando largo rato, me bajé de la hamaca y corrí directo al despacho, cogí el libro de recopilación de la lengua castellana y comparé de nuevo las letras. En aquel instante me di cuenta de que no solo habían escrito dos personas, sino que además todos los comentarios guardaban relación entre sí, se complementaban. Intenté hacer un análisis de los datos que tenía. Como mínimo había descritas dos muertes y el responsable parecía que era el Sr. Cotón.

Permanecí en silencio durante largo rato sonriendo por la suerte que había tenido al encontrar aquellos dos libros.



## Capítulo II

### El bar Pazos

Tal como me había dicho doña Carmen, la Abadía estaba situada en una pequeña localidad de la provincia de La Coruña. El morbo por conocer de primera mano el sitio de donde salían mis dos libros me llevó, la noche anterior, a realizar un pequeño itinerario. Calculé que desde mi casa hasta Seixas, que era el punto exacto donde se encontraba la Abadía, tardaría unas dos horas y media. Mi idea era verla, aunque fuese solo desde el exterior, así que decidí salir temprano, sobre las ocho de la mañana porque, aunque buena parte del trayecto era por autovía, el último tramo discurría por una vía comarcal, lo que supondría reducir considerablemente mi marcha. Pensé que sería una buena idea llevar los dos libros conmigo por si se terciaba conocer algo más sobre ellos.

El recorrido por autovía fue rápido pero comenzó a complicarse en la carretera comarcal. Al llegar me extrañó que por aquella serpenteante vía sin pintar, sin señalizar y tan estrecha, transitasen tantos autobuses y a una hora tan temprana.

Antes de comenzar una pequeña subida, a unos tres kilómetros del pueblo, me detuve al lado de un diminuto puente que atravesaba un riachuelo de apenas tres metros de ancho y que no parecía muy profundo, para mover un poco las piernas y disfrutar de aquel paisaje frondoso, idílico y lleno de vida. Caminé entre la hierba, bordeando el río, hasta una pequeña represa que formaban varias



losas de piedra, dando a aquel espacio una forma similar a una bañera, una especie de lavadero.

La visión de alguna trucha y el sonido del aire entre los árboles me hacían olvidar que vivía en el siglo XXI, pero el ruido del motor de coches, las motos y los autobuses me devolvían a la realidad. Me descalcé y metí los dos pies en el agua cristalina y demasiado fría para la época en la que nos encontrábamos, una sensación que mejoró en cuanto los retiré y dejé que el sol de la mañana me los secase. Tumbado sobre la hierba y con los ojos cerrados intenté trasladar mi mente varios siglos atrás.

Miré mi reloj y vi cómo el tiempo se me había pasado sin apenas darme cuenta. Decidí seguir.

Según me iba aproximando al pueblo pude comprobar que la mayoría de casas de piedra se encontraban rehabilitadas. Todas de canteoría, con teja del país, algunas con galerías hechas de roble y la mayoría con unas enormes chimeneas como signo de riqueza. Aquello no tenía mucho que ver con lo que había imaginado, no era un paraje lúgubre y deshabitado, se trataba más bien de un pueblo con una economía floreciente. Eran las diez y media de la mañana y ya había llegado.

Antes de acercarme a la Abadía decidí parar y tomar un café en el primer bar con garantías de salubridad que encontrase. No me llevó demasiado tiempo localizar uno, Bar Pazos.

Tras la destartalada puerta de aluminio, que daba acceso al bar, la decoración era minimalista y deplorable. Dos mesas, un panel de corcho cargado de llaveros estrambóticos, una nevera de helados, una máquina tragaperras, un viejo espejo, una televisión y una colección de unas quince moscas que revoloteaban frenéticas en el centro del local, completaban el mobiliario. Detrás de la barra, una señora de unos setenta años vestida de luto riguroso, con un pañuelo sobre la cabeza que tapaba por completo su cabello, me recibió con una amplia sonrisa.

—¡Bos días! —dijo sin dejar de sonreír.

—¡Buenos días! —contesté mientras me sentaba en una de aquellas sillas con las patas de hierro oxidadas y aglomerado des-



tartalado—. Quería un café con leche, ¿puede ser? —puso en funcionamiento una vieja cafetera sin dejar de mirarme fijamente. El caño para calentar la leche tenía un color francamente desagradable, preferí pensar que era por el uso, porque las cosas acaban gastándose, y no por falta de limpieza.

—¡Claro hombre! ¡Claro que puede ser! —contestó—. ¿Usted no es de aquí? ¿Verdad?

—No, no soy de aquí —dije.

—Y tú, ¿quieres tomar algo? —imaginé que no me habría oído, o eso, o tenía una memoria francamente frágil.

—¿Cómo dice? ¡Le había pedido un café!

—No, si no me refiero a usted, me refiero a ese —señaló con un dedo hacía la pared que se encontraba detrás de mí. Me giré y quedé mirando un buen rato. Vi cómo asomaba a través de una puerta, de un blanco amarillento, un hombre muy mayor. Se apoyaba en un bastón y caminaba con extrema dificultad arrastrando los pies. Dando pequeños pasos se situó justo detrás de mí y se sentó pausadamente. Quedé observándolo a través del espejo que tenía enfrente y pude ver cómo sacaba una petaca del bolsillo de su chaleco y, pese al temblor corporal, lio un cigarrillo de picadura que se apresuró a meter en la boca. Colocó sus dos manos sobre el bastón, apoyó su cabeza encima y me miró fijamente. Me acomodé en la silla esperando el café.

—¿*Tes lume?* [¿Tienes fuego?] —sentí como algo me golpeaba en la espalda—. ¿*Tes lume ou non?* [¿Tienes fuero o no?] —sacudía su bastón una y otra vez golpeando con la punta sobre mis riñones.

—¡Háblale en castellano, no ves que no es de aquí! —se apresuró a decirle la señora de la barra—. ¡Y quita ese cigarro de la boca, que ya sabes que no se puede fumar en los restaurantes y además no se te entiende cuando hablas!

—¿No serás guardia civil? —dijo el anciano dirigiéndose a mí.

—No —contesté escuetamente.

—¡Entonces! ¿Tú de dónde eres? —seguía golpeándome con escasa fuerza pero con insistencia.

—Soy de La Coruña aunque llevo unos años viviendo en Asturias —dije girando la cabeza y sujetando con fuerza el bastón logré colocarlo delicadamente en el suelo. El viejo hizo ademán de seguir golpeándome, pero desistió.

—¿Y cómo te fuiste a vivir a Asturias?

—Cosas de la vida, que te lleva y te trae de un sitio para otro —esta vez no volví el rostro, miré directamente al espejo, por el mismo por el que pude ver que no me quitaba el ojo de encima. Me miraba de arriba abajo, escupía en el suelo y lentamente pasaba su zapatilla mugrosa por encima para difuminar el escupitajo sobre la baldosa. Me pareció una costumbre extraña a la vez que desagradable.

—¿Me dijo solo o con leche? —preguntó la señora.

—Con leche, odio el café solo —contesté.

—Es que leche no tenemos, ¿no lo prefiere solo? Es de *pota* [cazo pequeño] —apagó la máquina y encendió un pequeño hornillo de gas. Colocó un cazo mugriento encima y prendió fuego.

—Creo que no. Si no le importa preferiría una manzanilla.

—¡Así me gusta rapaz! Va muy bien para la salud y alivia mucho el estómago. En esta casa se ha tomado manzanilla como para llenar una piscina. Yo la llevo tomando desde que era pequeña y voy al baño como un reloj —colocó la taza de café sobre una bandeja de metal y vertió dentro el contenido de aquel cazo—. Mira *neniño*, si tomas mucha manzanilla vivirás muchos años. No hay más que ver, mi padre murió de noventa y tres años y tomaba manzanilla, mi madre de ochenta y nueve y tomaba manzanilla todos los días —salió de detrás de la barra—. Porque los que toman manzanilla viven más, está demostrado —dijo mientras se acercaba a mi mesa—. Aquí tienes, un café solo que es mucho mejor. Te aclara las ideas por la mañana y rindes más en el trabajo.

—¿Y la manzanilla? —pregunté extrañado.

—Dejamos de comprarla cuando vino el euro —dijo el anciano—, todo el mundo pedía café.

—¿Qué tendrá que ver? —replicó la señora—. No tenemos, *neniño*, y si no tenemos no te la puedo dar. Tómate el café, verás cómo te gusta, lleva chicoria —se quedó plantada delante de mí con los brazos en jarra, imaginé que esperaba ver cómo me lo tomaba.

—¿Y qué haces por este pueblo? —el anciano volvió a escupir mientras terminaba la frase—. Aquí solo vienen turistas, extranjeros de esos y peregrinos que van hacia Santiago. El otro día vino hasta un hombre de color negro.

—Vengo a ver la Abadía porque... —quise terminar la frase pero no me dejo.

—La entrada es muy cara pero si tienes posibles te compensa verla, tiene muchos retratos y muebles antiguos. ¿Andas bien de dinero?

Preferí no contestar. Miré por la única ventana del local. Por encima de todos los tejados sobresalían dos enormes torres con varias campanas que, por su altura, se tendrían que ver desde muy lejos.

—¡Ah! ¿Se puede visitar? —pregunté sorprendido.

—Sí, pero pagando, ¡eh! Que antes los monjes vivían del campo pero ahora viven del cuento porque...

—Ahora viven de lo que pueden —intervino la mujer—. *Pobriños*, si no fuese por ellos este pueblo ni existiría, y como este muchos otros pueblos del mundo. Mira los negritos de América a lo que llegaron gracias a los monjes y los curas, ya no llevan taparrabos ni se comen a la gente, ahora trabajan y no viven en chozas. Tú mismo, sin ir más lejos, cuando eras mozo trabajaste para ellos y mira qué bien te fue —aquel hombre, que debía ser su marido, la miró fijamente, escupió de nuevo y dijo.

—¡Qué bien me fue! ¡Qué bien me fue! Trabajé como un esclavo para ellos y que yo sepa no nadamos en oro. Yo trabajaba mucho, de sol a sol y ellos pagaban poco y de tarde en tarde. Menos mal que llegó la fábrica de teja. *¡Se non chega a ser por ela non casabas!* [¡Si no llega a ser por ella no te casabas!] ¡No teníamos una *cadela!*

—¡Fueron los que te enseñaron a leer y a escribir y como dice el refrán, ¡de bien nacidos es ser muy agradecidos! Y los refranes nunca se equivocan —replicó la señora.

—¡Qué refrán ni que ocho cuartos! ¡Igual llevas razón y gracias a eso pude saber que lo que me pagaban era una mierda! —zanjó el asunto.

El anciano se levantó y acercó lenta y chirriosamente su silla a la mía, giró la cabeza hacia el exterior situándose a un palmo de la ventana y se quedó mirando fijamente las dos torres.

—En tiempos fue una de las más importantes y de las más ricas —dijo.

—¿Es muy grande? —pregunté.

—¡Enorme! Antes tenía de todo —recalcó la señora mientras arrastraba también una de las sillas y la colocaba justo enfrente de mí. Era como un asedio, me tenían rodeado entre los dos y sin escapatoria posible—. Llegó a ser uno de las más ricas de toda Galicia y creo que de toda España.

—¡Y de Europa! —remató el viejo—. Fíjese lo grande que era, que en sus buenos tiempos había más de cien empleados, además de los monjes, claro. Y luego estaban los que venían de fuera a estudiar o recomendados de algún señorito de la ciudad. Aquí se hospedaban los reyes y hasta los Papas. Era una señora Abadía, ya lo creo —mientras hablaba, aquel cigarro pegado a su labio inferior iba moviéndose de arriba abajo.

—Mira que eres exagerado —replicó la señora.

—Exagerada eres tú echando chicoria al café —respondió el anciano entre dientes y sin dejar de mirar a las torres.

—¿Cuántos años hace que se construyó? —pregunté.

—¿Quién lo sabe *filliño*? Tiene muchísimos años, tanto que ni los más viejos del lugar lo recuerdan —dijo la señora mientras miraba embelesada cómo terminaba aquel café amargo y a todas luces recalentado.

—Las torres que se ven desde aquí parece que están muy bien conservadas —dije.

—Pues son las de siempre. Cuando yo era pequeño tenían un color negro como el chapapote, el incendio había dejado toda la Abadía hecha un cristo.

—¡Habla bien! —interrumpió de nuevo la mujer.

—Bueno no sé si un cristo o no, pero lo que sí sé es que hasta hace bien poco, que vinieron los de las derechas y decidieron limpiarla, estaba hecha un asco por dentro y por fuera.

—¡Vaya por Dios! ¡Una auténtica desgracia que se quemase! Esas cosas siempre dan pena. No deberían de pasar nunca. No señor —añadí.

—¡Y tú que sabrás! ¡Cómo si tuviésemos que sentir pena por todo lo que arde! —me increpó el anciano. Cogió el cigarro entre los dedos y me lo plantó delante de mi nariz—. ¡También te da pena este pitillo! ¡Los de la ciudad sois un poquito raritos!

—¡Simplemente me parece una desgracia! —dije mientras apartaba lentamente su mano y su cigarro de mi cara.

—¡Es la Abadía *nenó!* La Abadía que no trae más que desgracias —arrimó la cabeza a mi oído intentando que su mujer no le oyera, algo difícil por otro lado, puesto que estaba casi a la misma distancia—. ¡La Abadía está maldita!

—¡No digas *parvadas!* —intervino la mujer—. ¡Qué va a estar maldita! Los lugares santos no pueden estar malditos.

—¿Y eso porque lo dices tú? ¡*Digoche* que sí! [¡Te digo que sí!] —alzó la voz—. ¡Está maldita y fue *o Abade* [el Abad] quien trajo a maldición a esta *terra!* —era fácil ver cómo aquel asunto lo alteraba y al hacerlo comenzó a mezclar gallego y castellano—. ¡Él y solo él es el responsable! ¡O dime tú si no es cierto que, después de que viniese, aquí moría la gente como pajaritos! ¡Pero luego sí! ¡Pío, pío y al cementerio!

—Creo que es mejor que estés callado porque no dices más que tonterías —le recriminó la señora—. Y usted no haga caso de lo que cuenta, los años le hacen ver cosas donde no las hay.

Ambos habían clavado su mirada en mí, los tres estábamos sentados a la misma mesa y a escasos centímetros unos de otros. Una

situación esperpéntica. Pensé que puesto que estaba allí y el buen señor estaba dispuesto a contarme lo que sabía, o la leyenda de turno, lo suyo sería mejorar yo también mi relación y ponerme a su misma altura, era una forma como otra cualquiera de alimentar mi morbo tirándoles de la lengua.

—Póngame un agua mineral sin gas —miré directamente al anciano—. ¿Y usted quiere tomar algo?

—Yo también voy a tomarme algo —dijo la señora sin esperar respuesta del viejo—, no todos los días viene un caballero de la ciudad y te invita. Nada de agua, voy a celebrarlo abriendo el mejor coñac que tengo, el que guardo para las ocasiones, y esta lo es —mientras la señora se auto invitaba al coñac caro, el pobre hombre seguía con la cabeza pegada a sus manos, estas al bastón y la diminuta colilla a los labios.

—¡Qué! ¿Usted no se anima? —le dije dándole una palmadita.

—Él ya está animado. Aún no son las once y ya lleva tres aguardientes. ¡Hasta después de la comida no hay más! —mientras hablaba se levantó lentamente y comenzó a caminar hasta que desapareció por la puerta de la barra. Su voz se escuchaba lejana y entremezclada con el sonido de botellas golpeándose entre sí. Tardó un buen rato en volver. Traía en sus manos una de coñac francés de la que aún pendían restos de una tela de araña, la etiqueta se veía humedecida y girada, colocada casi del revés. No tenía ni idea de dónde podría haber estado guardada, pero fuese donde fuese el lugar era frío y sucio. Acompañaba la botella con dos copas de balón, de las pequeñas, que por la apariencia también estaban guardadas en el mismo sitio. No se tomó la molestia de lavarlas. Colocó la botella sobre la mesa, cogió una de las copas y la arrimó a la boca para llenarla de vaho con su propio aliento, luego intentó sacarle brillo con la punta de su mugriento mandil y me la entregó. La miré a contraluz. A las manchas de humedad se le habían añadido huellas dactilares y algún que otro tropezón.

—¡No serás uno de esos remilgados! ¡Vamos a festejarlo! —dijo mientras se sentaba.

—¿El qué? —preguntó el viejo—. Lo único que podemos festejar es que este buen hombre se ha bebido tu café y sigue vivo —rio mirándome fijamente y dejando ver una escasa colección de dientes ennegrecidos y aserruchados. No pude evitarlo y yo también solté una carcajada, que aparentemente no le sentó demasiado bien a la buena señora.

—¡No! ¡Vamos a festejar que sigues vivo tú, porque igual mañana ya no hay nada por lo que brindar!

Llenó las dos copas y pese a que el viejo miraba y arrimaba la mano a una de ellas, no le dejó beber.

—¡Cuéntenme! ¿Qué pasó en la Abadía? —si iba a pagar una botella de coñac por lo menos necesitaba una pequeña recompensa. Este pensamiento hizo que no me sintiese mal a sabiendas de que a la mujer no le gustaba hablar del tema y el hombre se moría por contarle a alguien algo, no sabía muy bien qué. Pensé que, con un poco de suerte, podía guardar relación con lo que había encontrado en los libros.

—Este no siempre fue un pueblo próspero. Cuando solo era una aldea de mala muerte, con poca gente, lo único que entretenía de verdad eran las historias. No había el parte en la primera ni las mamachicho, que iban en cueros y alegraban el día —hizo una pausa de recordatorio moviendo la cabeza de arriba abajo—, porque aún no había televisión y entonces nos distraíamos con los cuentos que nos contaban antes de ir a dormir y con un buen res-tregado con la parienta —señaló a su mujer con la mirada.

—¡*Cantos máis anos máis tolo!* ¡[Cuantos más años más loco!] —dijo la señora mirándome—. ¡Quién me mandaría casar con este *home!*

—Bien que te fue —contestó el anciano mientras volvía sus ojos hacia mí y proseguía su relato—. A mi abuelo se los contó el suyo, él a mi padre y yo a falta de nietos, te lo cuento a ti ¡Qué *pal* caso es lo mismo!

—Y, ¿qué era lo que contaban?

—¡Rapaz si vas estar interrumpiéndome a cada momento no vamos a terminar nunca! —dijo el viejo volviendo a escupir, pero

esta vez sobre una de mis perneras. No me atreví a limpiarme y quedé mudo mirándole fijamente—. Hace muchos, muchos años, hubo un Abad, se llamaba Cotón. Había nacido en estas tierras. Uno de los monjes de la abadía se enamoró locamente de una de las sirvientas. La dejó preñada y tuvieron una niña. Cuando ya no se podía ocultar, se enteró el Abad de la afrenta, del pecado que habían cometido dentro de las santas paredes de la Abadía, y como era de esperar puso el grito en el cielo. Dicen que el Abad, para que se marchase la muchacha, no dejaba de presionar al monje, de tocarle los cojones...

—¡Habla bien que cuesta el mismo trabajo! —interrumpió la señora.

—Pues eso, y el pobre hombre se suicidó —continuó—. Acabó por preferir la muerte a la deshonra.

—Una desgracia —maticé.

—Una desgracia es nacer tuerto —replicó el anciano—. Eso es lo que contaban en el pueblo, pero no es lo mismo que me dijo mi abuelo.

—¿Qué le dijo su abuelo?

—Mi abuelo sabía más que nadie del monje y lo que me dijo fue que lo habían matado. Lo tiraron del campanario y se quedó espachurrado contra el suelo.

—¡No fastidie! —acerté a decir.

—Pues si te fastidia es un problema tuyo rapaz —miró por la ventana mientras seguía murmurando entre dientes—. Los de la ciudad sois muy caprichosillos y os ponéis tontos por nada. No te jode *o niñato do carallo* —hice como si no lo oyese y seguí preguntando.

—¿Y quién lo tiró del campanario?

—Y yo que sé. No estaba allí para verlo —echó una sonrisa que hizo que el cigarrillo se le moviese a uno de los extremos de su cara—. ¡Preguntas unas cosas!

—¿Sabe por lo menos donde está enterrado? —tuve la sensación de que el hombre ya no quería seguir hablando, pero no era así.



—No. Nadie lo sabe. Creo que los otros monjes se encargaron de enterrarlo fuera de la Abadía —suspiró—. No es de buen cristiano dejar a otro sin enterrar como Dios manda, dentro del camposanto —me miró esperando que yo reafirmase su crítica y así lo hice moviendo mi cabeza de arriba abajo —Pero aún hay más.

—¿Más?

—¡Sí, más! *Tas* sordo o es que no oyes bien. Más, más. La madre —prosiguió—, fue alejada de la Abadía, para evitar murmuraciones, y a su muerte la niña fue criada por los monjes. Cuando ya estaba crecida se enamoró de un mozo del pueblo, casado. No se sabe muy bien pero ocurrió que su cuerpo apareció tirado y desnudo en el río. Estaba marcada en la frente y todo el mundo sabía que aquello era cosa de brujería. Tenía la marca del diablo.

—Pero, ¿qué tiene que ver el Abad en todo esto? —lo interrumpí.

—No sé si son coincidencias o no, pero lo cierto es que durante el tiempo que vivió el Abad las desgracias se sucedían. La gente no quería trabajar allí. Cuando murió, dicen que a la misma hora toda la Abadía se iluminó de color rojo y se oyeron gritos y gemidos. Por eso te digo que está embrujada.

—¿Cómo se llamaba el monje? —se quedó mirando para mí, imagino que preguntándose cuál de ellos, lo que me hizo rectificar la pregunta— ¿El que dejó embarazada a la sirvienta? —seguía mirándome sin articular una sola palabra— ¿El espachurrado? —dije.

—Nicanor —intentó encender sin éxito lo poco que quedaba de aquel cigarrillo—. Lo sé bien porque era sangre de mi sangre. Por eso digo que no son cuentos. ¡Era sangre de mi sangre y si no me crees peor para tí! —Nicanor Pazos ese era el mismo nombre del monje al que se refería el Abad en mis libros. No hacía falta ser muy listo para ligar el nombre y el apellido del monje con el letrero del bar.

La mujer que llevaba un buen rato dedicándose al noble oficio de vaciar la botella de coñac, le cerró la boca con su mano derecha. Aquel cigarro minúsculo quedó encajado entre sus escasos dientes.

—¡El día que estés callado nos irá mejor a todos! Siempre *latricando* y hablando más de lo que deberías. ¡Si callaras! —le acercó su copa con apenas un dedo de coñac—. ¡Bebe y calla! Y usted no le haga mucho caso, son cuentos de viejos y en este caso de un viejo demente. Además, ¿qué más da lo que haya pasado? ¡Lo pasado, pasado está! —su mano seguía aferrada al cuello de aquella botella.

—Tiene usted toda la razón, ¿a qué hora se puede visitar la Abadía? —pregunté mirando mi reloj.

—Hay un pase cada hora y media. El último debe de ser a las doce —faltaba una hora escasa, así que decidí irme.

—Bueno, si quiero visitarla tendré que ir pensando en marcharme, ¿qué le debo?

—Son dos mil pesetas —dijo la señora en un acto reflejo.

Mientras yo buscaba la cartera, ella se había metido dentro de la barra, abierto la caja y tenía cambio dispuesto encima del mostrador. Me levante al compás del sonido chirriante de silla y me aproximé a la barra.

—Ahora son euros, las pesetas han pasado a mejor vida —repliqué mientras dejaba sobre la barra un billete de diez euros y dos monedas.

—Pues entonces son quince euros, *filliño* —extendió su mano con la palma hacia arriba. El viejo tenía demencia pero ella rebo-saba lucidez por todos los lados. Rebusqué en el bolsillo tres euros que faltaban y los puse sobre el mostrador.

—Hasta otra y muchas gracias —dije dirigiéndome hacia la puerta de entrada.

—Adiós rapaz y no le des tantas vueltas a la cabeza. Yo tenía una prima que de tanto pensar acabó loca de remate. Tuvieron que ingresarla en el manicomio de Conxo y allí sigue. Ten cuidado *rapaciño* —miré para el viejo, con intención de despedirme, pero se había quedado dormido.

—Adiós señora, que tenga un buen día —sin volverme cerré la puerta y deje atrás el bar Pazos.

La historia que aquel hombre contaba encajaba fácilmente con lo que había escrito en mis libros. Coincidían los nombres y el tal Nicanor había muerto. Comencé a darle vueltas a todo lo que había oído hasta que caí en la cuenta de lo que había dicho aquella buena señora al salir del bar. Nada de obsesiones absurdas, lo mejor era hacerle caso y disfrutar de un buen día visitando aquella preciosa Abadía.